



TRAFUN



MEMORIAS SUMERGIDAS

Relatos de humedales al sur de Chile

Carla Marchant

Hugo Romero

Marian Lutzky

Isabel Guerrero

MEMORIAS SUMERGIDAS

RELATOS DE HUMEDALES AL SUR DE CHILE

© del texto e investigación: Carla Marchant Santiago, Hugo Romero Toledo,
Marian Lutzky Ribas, Isabel Guerrero Schiappacasse, 2023

© de las ilustraciones: Isabel Guerrero Schiappacasse, 2023

© Trafun Ediciones Ltda, 2023
Los Raulíes 426, Valdivia, Chile
www.trafunediciones.cl

Edición: Isabel Guerrero Schiappacasse

Diseño y diagramación: Sebastián Alvear Chahuán

Asesoría de contenidos: Matías Riesco Salinas

Primera edición digital, octubre 2023

Inscripción N: 2023-A-11111

ISBN: 978-956-09106-3-9

Este libro fue elaborado en el marco del proyecto “Memorias y crónicas de los humedales” (N° 36901), financiado por el Fondo del Patrimonio, convocatoria 2020, del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción parcial o total citando las fuentes correspondientes. Se prohíbe su venta.



TRAFUN

MEMORIAS SUMERGIDAS

Relatos de humedales al sur de Chile

Carla Marchant

Hugo Romero

Marian Lutzky

Isabel Guerrero





ÍNDICE

06	Introducción
08	Agradecimientos
10	A contraluz
15	Marabuta, hija de Antonabal
19	Hualves, ciénagas y pantanos
23	Si el infierno fuera un paisaje
27	Esclavos y rebeldes
33	El capitán desenterrado
39	El fuerte hundido
41	Manqueante
45	Vivir en un castillo
49	La villa perdida del Cruces
53	Memorias sumergidas
56	Bibliografía

INTRODUCCIÓN

El libro que tienen entre sus manos es una invitación a viajar en el tiempo. Producto de diferentes trabajos de investigación que venimos desarrollando desde el año 2019 en los territorios de las comunas Mariquina y Valdivia, nos surgió una interesante pregunta: ¿cómo eran estos paisajes de ríos y humedales en el pasado, y cómo han cambiado hasta llegar a la actualidad? Pero también, y de manera inevitable, nos apareció esta otra interrogante: ¿si el humedal fuera una persona, qué nos contaría sobre su propia historia?

En estas páginas mostraremos algunas respuestas a estas preguntas. Durante los últimos años nos hemos sumergido en la historia de los humedales. Escarbamos en las crónicas de la época colonial, en libros de historia sobre Valdivia y sus alrededores, y hemos ido en reiteradas ocasiones a Pelchuquín, Tralcao, Cayumapu, San José, el Castillo San Luis del Alba, Ñipulli, Punucapa, Valdivia y Angachilla, para hablar con sus habitantes y conocer sus historias, pero también para escuchar lo que los ríos y humedales tienen para contarnos.

Hemos descubierto que estos lugares tienen una memoria muy rica que se expresa en relatos y vivencias que buscamos hacer visibles para ustedes, que cubren desde el tiempo anterior a la llegada de los españoles, pasando por los siglos coloniales, hasta llegar a la época republicana y desembocar en la actualidad. En las páginas de este libro aparece parte de la historia del territorio, contada de una forma diferente y con ilustraciones que buscan despertar en quienes lo lean, un espíritu de búsqueda de los recuerdos personales y familiares sobre los lugares donde viven y han vivido.

Como equipo, creemos que conocer la historia del territorio contribuye a fortalecer la identidad de sus habitantes, y que puede contribuir a la valoración y cuidado del patrimonio cultural y natural de los lugares en los que habitamos. De esta manera, la historia deja de ser algo que está en los libros y se transforma en un paisaje del que somos parte, desde donde también se puede pensar el futuro.

Les invitamos a viajar en el tiempo, a descubrir episodios históricos trascendentes sobre Valdivia y Mariquina, a imaginar cómo era la vida hace cientos de años entre fuertes y ríos, y a conocer los recuerdos y experiencias de quienes actualmente habitan los humedales del río Cruces y Angachilla.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer al Servicio Nacional del Patrimonio Cultural del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio por haber financiado esta iniciativa, al Centro de Humedales Río Cruces por su apoyo constante y su trabajo por la conservación de los humedales de nuestra región, a la Ilustre Municipalidad de San José de la Marquina, especialmente a Karin Müller y a Matías Riesco, quienes han sido un gran apoyo para desarrollar este proyecto. Agradecemos a nuestros colegas Robinson Silva y Yerko Monje del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile, por compartir su conocimiento para enriquecer este texto. En especial, queremos agradecer a quienes nos abrieron las puertas de sus casas, nos compartieron sus recuerdos y nos emocionaron, y nos contaron sobre sus esperanzas y luchas para la protección necesaria que estos lugares de altísimo valor histórico y ambiental requieren para seguir existiendo: Ana Villanueva, Angachilla; Francisco Jaime, Angachilla; Isolde Canales, Punucapa; Pedro Guerra, Tralcao; César Martín, Tralcao; Ada Bórquez, Pelchuquín; Edmundo González, Pelchuquín; Oclida Segovia, Cruces; Moisés Vásquez, Cruces; Patricia Chacón, Ñipulli; y Salustio Saldivia, San José de la Mariquina.

El equipo tras este libro está conformado por:

Carla Marchant Santiago, geógrafa, coordinadora de proyecto.

Hugo Romero Toledo, sociólogo, encargado de la investigación.

Matías Riesco Salinas, geógrafo, investigador.

Angélica Videla Oyarzo, cientista política, investigadora.

María Daniela Torres Alruiz, bióloga, investigadora.

Carolina Barría Cárdenas, antropóloga, asistente de investigación.

Marian Lutzky Ribas, escritora y docente.

Isabel Guerrero Schiappacasse, editora e ilustradora.

Esperamos que más gente se sume a esta hermosa tarea de revalorizar nuestros patrimonios.

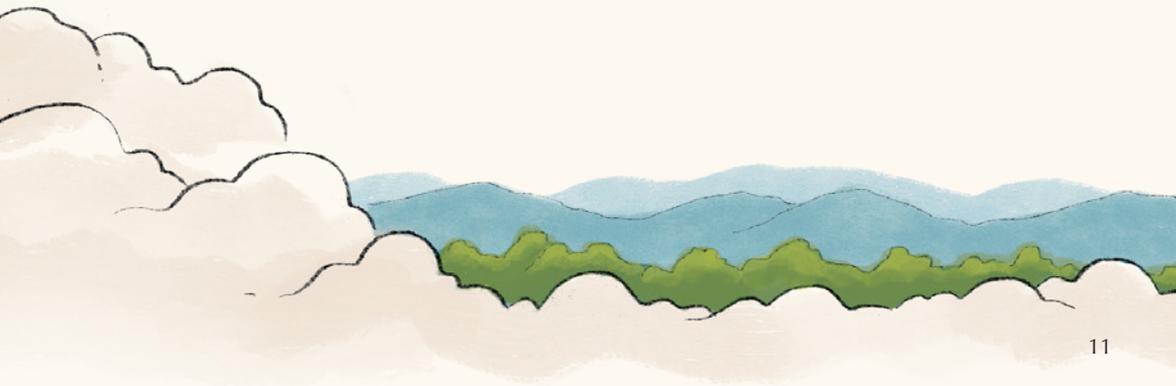
Escucha el podcast Memorias Sumergidas aquí





A CONTRALUZ

Somos varias personas viajando en el auto. El cielo está despejado y hace calor. Llevamos agua y algo de comida. Nos movemos hacia adelante, aunque en realidad, el camino es inverso. Hacia atrás, no todo está dicho. Vamos mirando por la ventana, atravesando el tiempo que dejamos a nuestras espaldas. Mientras viajamos, observamos cuánto han cambiado estas tierras. Conversamos, compartimos nuestras miradas sobre el camino. Queremos construir una historia que dialogue con el pasado, que mantenga viva la memoria de un lugar marcado por transformaciones geográficas, sociales y culturales. Seguiremos, en este viaje, el curso del río Cruces, que late junto a quienes buscan rescatar los secretos sumergidos en sus aguas.

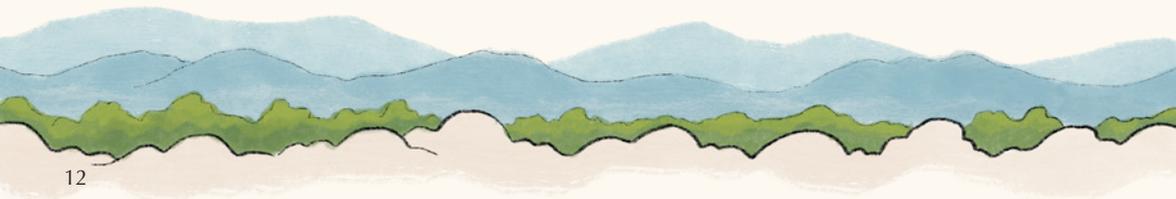


Avanzamos, el auto se mueve al compás del camino. De pronto, alguien rompe el silencio. “Este sitio no es lo que parece, guarda siglos y siglos de historia bajo su manto”, sentencia Hugo y señala un valle atravesado por un gran río. “Cada territorio porta un pasado y un presente que pueden ser observados a contraluz. ¡Estamos parados sobre las capas de la historia!” Hugo trabaja con mapas, le permiten entender los cambios de los paisajes y su relación con quiénes los habitaban. Dice que gran parte de la historia está escrita en la tierra, sólo debemos aprender a leer su lengua.

“¿Qué secretos oculta este lugar? ¿Cuántas historias contará?”, nos preguntamos mientras cruzamos terrenos baldíos que alimentan la curiosidad de quienes investigamos. Vamos escuchando música en el auto, moviéndonos y observando el camino deforestado. Es tiempo de cosecha y tala de árboles introducidos como el pino y el eucalipto. Daniela nos acompaña en el asiento de atrás, contempla la naturaleza que nos rodea. “¿Qué árboles nativos crecían antes aquí?” Hay vastos terrenos de poda y restos de aserrín. En este lugar, señala, la tierra late, quiere hacer memoria, llevar a la superficie su historia como un volcán silente.

Algunas casas antiguas siguen en pie. Las vemos, fugaces, desaparecer entre la bruma. Isabel las mira atenta, busca retratarlas, en su cuaderno dibuja un inmenso paisaje iluminado por el sol, que da cuenta de secretos guardados bajo la superficie. Con respeto por la historia y quienes la viven, buscamos entrar y conversar con sus habitantes. Queremos remover los escombros y juntar las palabras, llenar los vacíos para entender un poco más qué, cómo, quiénes somos en este lugar.

La carretera es de ripio y el humo que levantan los inmensos camiones forestales nubla los paisajes. Nos sumergimos en el camino a través del polvo, como si fuera un portal. Allí, los ríos hablan, susurran cosas. Los miramos en silencio por la ventana, tratamos de escuchar. Estamos viajando, el auto se bate



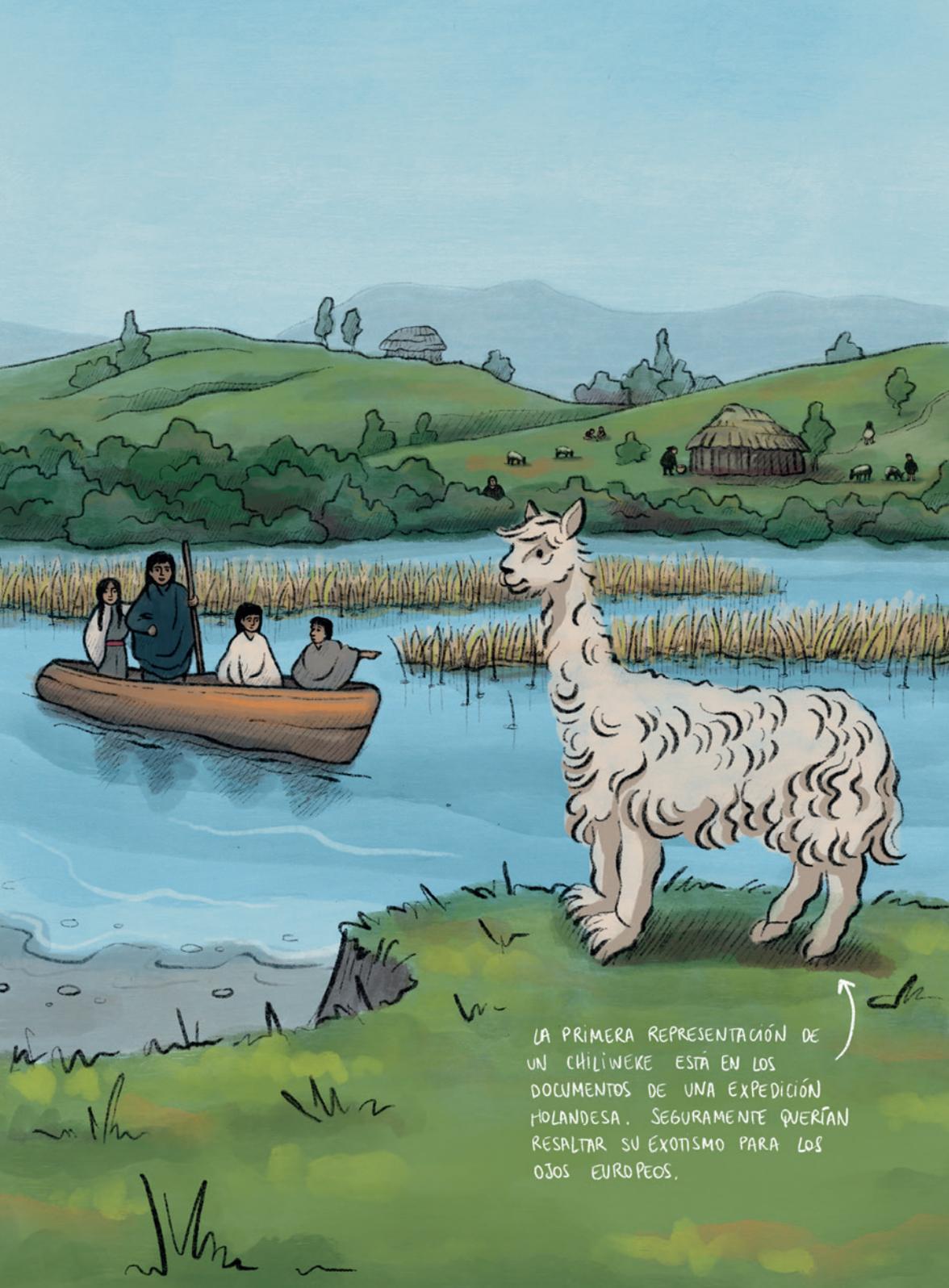
al ritmo de las piedras temblorosas de los ancestros. Mapuches, españoles, holandeses, aventureros y usurpadores pisaron este suelo enrojecido con la misma fuerza que nuestros pies. Vemos, como en un ensueño, a lejanos parientes. Nos hacen señas. Queremos traer su historia al presente. Angélica se conmueve y afirma: “Tenemos la necesidad de divulgar la historia de este territorio, de hacer memoria”.

Buscamos en este viaje recuperar lo que el río guarda. Desde distintas disciplinas como la geografía, la biología, la sociología y la antropología, iremos cruzando saberes y armando un rompecabezas capaz de interpretar la historia de un paisaje y la identidad de las comunidades que lo han habitado. Nos valdremos, también, de la ilustración, la imaginación y la escritura, para iluminar y armar los retazos de su memoria. Partimos este camino con preguntas que nos han permitido diagramar un mapa, un recorrido a través de crónicas, observaciones del territorio, archivos históricos, artículos y entrevistas, que nos han guiado en la construcción de los relatos.

Las historias que a continuación les presentamos han sido imaginadas y escritas a partir del estudio y el interés científico de cada integrante del equipo de investigación, bajo la importancia de generar espacios de divulgación, que permitan repensar cómo se construye el tejido social y el vínculo entre la naturaleza, los ecosistemas y las comunidades humanas. Los relatos están inspirados en los paisajes y la experiencia de quienes viven y comen de esta tierra, rodeada de agua, hecha de humedales, lodazales y hualves, que dejan entrever las líneas de su memoria.

Nos bajamos del auto, partiremos nuestro viaje en la Biblioteca Pública Gabriela Mistral de San José de La Mariquina. Nos hallamos junto al caudaloso río Cruces. Seguiremos las corrientes de sus aguas que, si escuchamos bien, nos contarán su historia.





LA PRIMERA REPRESENTACIÓN DE UN CHILWEKE ESTÁ EN LOS DOCUMENTOS DE UNA EXPEDICIÓN HOLANDESA. SEGURAMENTE QUERÍAN RESALTAR SU EXOTISMO PARA LOS OJOS EUROPEOS.

MARABUTA, HIJA DE ANTONABAL

Sobre la batalla en el valle de Mariküga

Cuentan que siglos antes de la llegada de los españoles, por el sur de Chile, un pueblo en búsqueda de alimento y agua se asentó a orillas del río Quepe, actualmente conocido como río Cruces. Construyeron pequeñas villas de grandes rukas para sus habitantes que cultivaban papa, porotos, quinua y otras yerbas. Criaban *chiliwekes*, camélidos extintos similares a las llamas que pastaban tranquilos en las colinas, de las que luego obtendrían lana para tejer abrigos y protegerse del frío invernal. Extraían cobre y oro de la tierra y comercializaban sus productos entre los pobladores, en una relativa paz. Los mapuche levantaron montículos sagrados donde honrar a sus fallecidos y conectar la tierra con el *wenumapu*, mundo de arriba. Cazaban lo que comían y pescaban con los niños en el río, junto a numerosos *wampos* o canoas que navegaban de cordillera a mar, por una red fluvial, que atravesaba valles poblados de gente dedicada a compartir los saberes de su tierra.

Corría el año 1551 cuando Pedro de Valdivia penetró con sus armas la tierra de los mapuche. Venía desde lejos, acompañado del cronista Pedro Mariño de Lobera y de sus oficiales, vestidos con firmes ropas y ballestas colgadas en diagonal.

Pomposos y exuberantes. Hablaban otro idioma y pisaban haciendo ruido con sus herramientas. Sin embargo, no llegaron solos. Alguien, llamado Alicán, los había guiado hasta allí.

Sabemos por las crónicas de Pedro Mariño de Lobera, que había un Gran Señor en el valle de Mariküga, que hoy conocemos como La Mariquina, que gobernaba a todas las familias y lof del hermoso territorio ribereño. Le llamaban Antonabal. Él tenía una hija que continuaría la genealogía de su tierra. Mariküga, en lengua mapuche, significa “diez linajes”. En un principio, tal vez, diez familias eran.

Alicán decía estar enamorado de Marabuta, hija de Antonabal. El hombre, al no tener suficiente dote para ofrecer al padre de su enamorada, decidió buscar alianza con los españoles. Habló con Pedro de Valdivia y le dio la ubicación del pueblo a cambio de riquezas. Así fue como el conquistador llegó a Mariküga, guiado por Alicán, encandilado por el oro, los deliciosos alimentos que ofrecía esa fértil tierra y la búsqueda de nuevos territorios para conquistar.

Los habitantes del valle quisieron impedir el avance de los españoles. Lucharon con piedras, dardos y flechas. Pero los recién llegados tenían pólvora y estaban preparados para dar guerra. Cavaron trincheras para disparar a cubierto de los williche. Estas zanjas quedaron marcadas en el territorio durante siglos y hasta hace pocos años se podían ver en el actual terminal de buses de San José de la Mariquina, en la calle Trincheras.

En medio de la batalla, Alicán decidió raptar a Marabuta, la sacó a la fuerza de su comunidad para llevarla con los españoles. Las mujeres trataron de impedirlo sin éxito. Antonabal, el padre enfurecido de la novia, fue a hablar con Pedro de Valdivia. Lo dijo claro: “¡Alicán es un traidor, no merece casarse con mi hija!” Pero el comandante no estaba interesado en resolver conflictos amorosos y nada dijo que le sirviera. Lo desestimó.

Los habitantes del valle no tardaron en responder y dieron su lucha. “¡A Marabuta la raptaron los extranjeros!” Pedro de Valdivia amenazó con sus caballos a los niños y sus madres. ¡Aún los mapuche no sabían montar,

nunca habían visto jinetes, no sabían disparar! Aprenderían más adelante y resistirían con fuerza, bajo el aprendizaje de la matanza.

Las tierras fueron revueltas como quien bate una olla llena de maqui hirviendo. Había sangre derramada sobre la tierra. Nada más se veía.

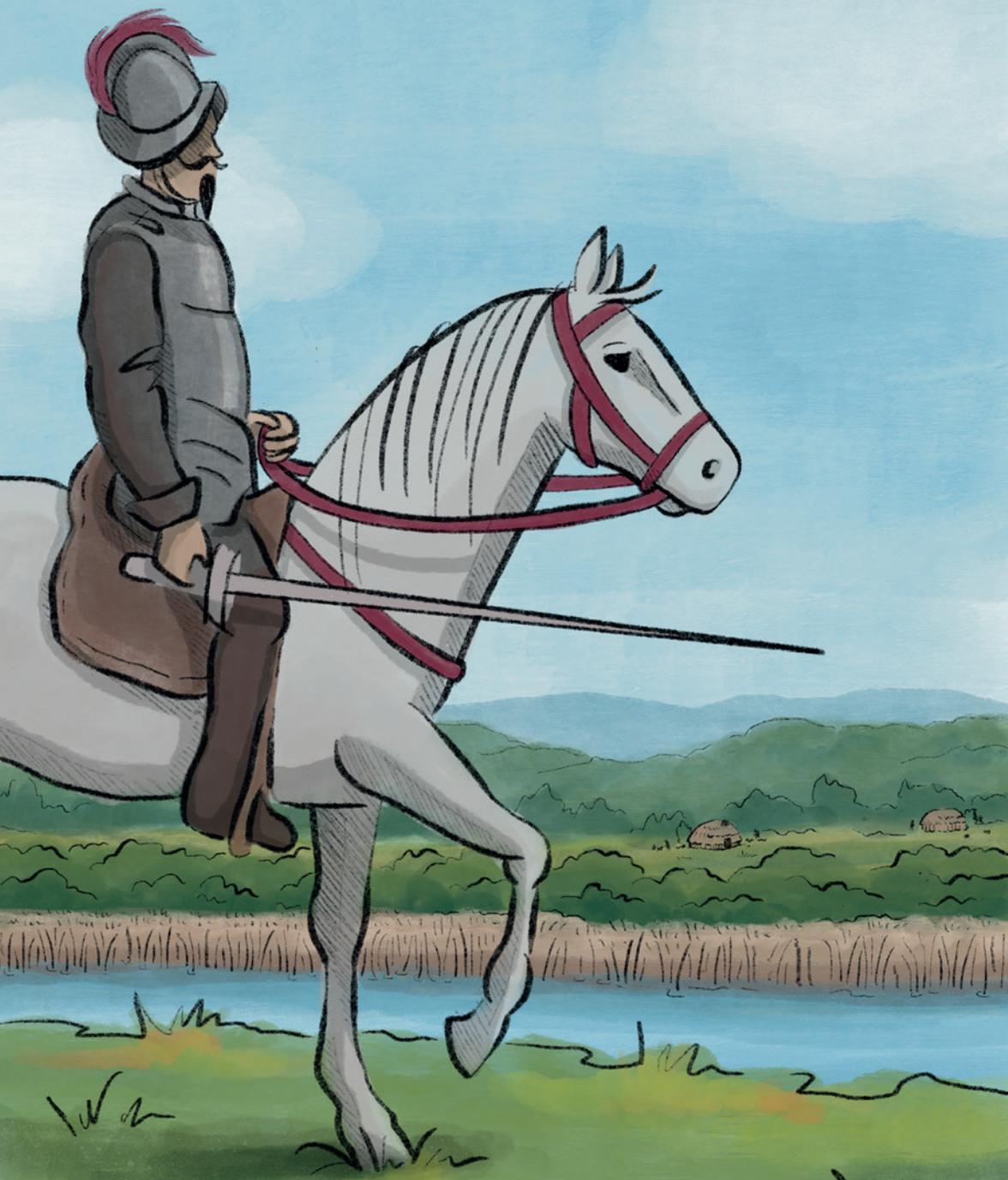
Más de mil mapuche murieron, unos fueron muertos por la espalda, otros cercenados, cortadas sus extremidades en una innecesaria muestra de fuerza. Se observaban tendidos en las riberas del río como raíces de hierbas desfallecientes. Todos querían salvar a la niña, a las familias de su tierra.

La matanza de los españoles se extendió a Mehuín y Queule. Y antes de eso ya habían atacado los asentamientos indígenas en las actuales Carahue, Pitrufquén y Villarrica. Incluso libraron una temible batalla en la ciénaga de Purén, donde se emplazaba el mayor fuerte mapuche. Buscaban oro, almas para convertir, brazos para trabajar y guerrear, grasa y cuero. Los españoles dejaron a su paso un manto rojo de muerte.

Matías cierra el libro *Historia de San José de La Mariquina*, la primera aproximación histórica del valle, escrita por Paulo Pedersen hace algunos años. Todos dejamos reposar la historia unos segundos. Estamos en la Biblioteca Pública Gabriela Mistral de San José de La Mariquina. El sol entra por la ventana y alumbra los textos que yacen sobre la mesa. Respiramos profundo, deslizamos en nuestros gestos la angustia de aquella matanza y nos miramos atentos.

—A veces, la historia es dolorosa —sostiene Carla—, por eso mismo hay que narrarla. Volvemos a ella para hacer memoria.

Carla nos motiva a continuar, devolvemos los libros, nos despedimos de la gente y abrimos la puerta. Afuera se escuchan los autos y los pájaros a la vez. Caminamos hacia el río, seguimos el curso del agua hacia Guadalaquíen, junto a las tropas españolas, hacia el lugar donde confluyen los grandes ríos del sur, hacia lo que hoy conocemos como Valdivia.



WZ

WZ

HUALVES, CIÉNAGAS Y PANTANOS

Sobre Pedro de Valdivia y la fundación de una ciudad

Pedro de Valdivia venía del norte, a paso firme, en busca de oro y de una gran ciudad que fundar. Su paso por el desierto de Atacama, al llegar a Chile, lo había endurecido. Luego de tantos días sin alimento, bajo un sol fulminante y sobre un suelo estéril, muchos soldados desertaron, lo cual dificultó la obtención de hombres y financiamiento para futuras batallas. A pesar del hambre y la sed, siguió adelante con su plan de conquista. Demostró ser un líder perseverante.

Antes de llegar a la región que nos interesa en esta historia, ya había fundado tres ciudades: Santiago (1541), La Serena (1544) y Concepción (1550). Siguió su camino al sur a pesar de saber que allí encontraría resistencia. El pueblo mapuche no se rendiría fácilmente, a fin de cuentas, esta era su tierra.

No se sabe bien dónde nació, dicen que por Extremadura, que era hijo de un matrimonio de noble linaje, pero no hay ningún documento que lo acredite. Lo que sí podemos afirmar es que era un militar experimentado y de vastos combates. Viajaba a todas partes con un cronista y soldado llamado Pedro Mariño de Lobera, que registraba lo que veía en su cuaderno, desde su perspectiva, por supuesto. Más tarde estos relatos fueron publicados en un libro que tituló Crónicas del Reino de Chile.

Tras comandar la matanza en el valle de Mariküga, Pedro de Valdivia siguió buscando manos trabajadoras, oro y un lugar adecuado donde emplazar una gran ciudad, con recursos naturales, población indígena y buenas condiciones de seguridad y conectividad. Cabalgó sobre papa, quinua, y sembradíos cultivados por las propias comunidades. Atravesó poblados williche e inmensas praderas con sus caballos.

A orillas del río Quepe acampó con sus soldados, esperando refuerzos para la conquista. Allí, cuentan, encontró una llamativa piedra con forma de cruz. La observó un momento y sentenció en voz alta: “Este río se llamará Cruces a partir de ahora. Lo nombro y lo declaro yo”. Así fue como los nombres del territorio fueron cambiando producto del destino y la ocupación.

Pedro de Valdivia siguió su camino hasta situarse en la desembocadura de un extenso sistema fluvial donde grandes rukas y cultivos se extendían sobre el paisaje. Guadalafquén la llamaban sus pobladores, por sus ciénagas, hualves y pantanos. Sin embargo, el conquistador impuso su voz una vez más y la renombró el 9 de Febrero de 1552, poco tiempo después de la gran matanza en el valle de Mariküga.

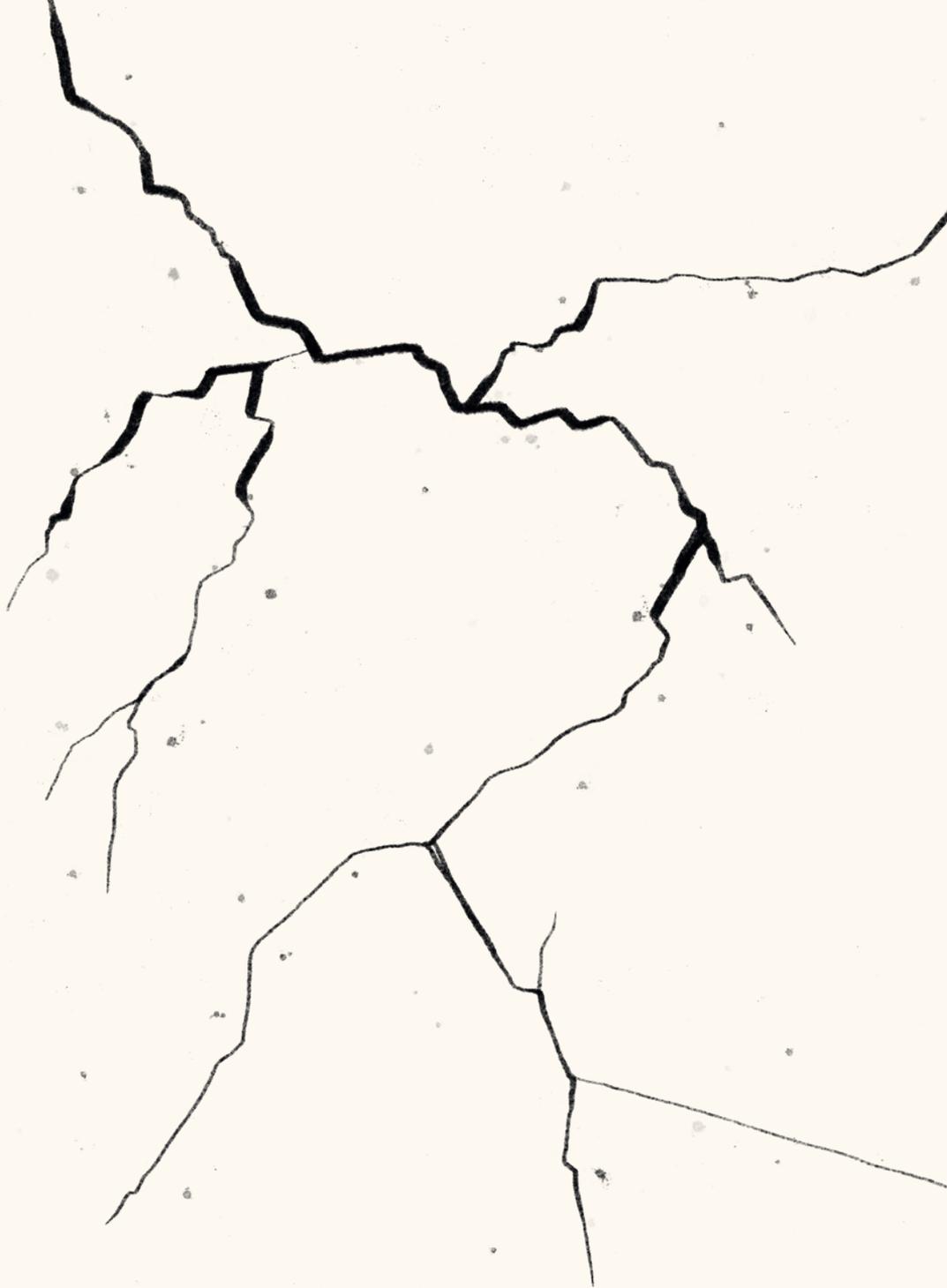
Ese lugar al sur de Chile poblado por los mapuche, futuro centro político y militar español, se llamaría ahora Santa María La Blanca de Valdivia.

–¿Se imaginan cambiar tantas veces de nombre? ¿Lo que puede significar? –pregunta Angélica–. Los topónimos, nombres propios que se le atribuyen a un lugar, nos dejan huellas, nos hablan sobre la cultura y la identidad de un territorio y sus ocupaciones.

Estamos en un mirador del río Cruces, junto a la ruta. Buscamos piedras, guijarros que tal vez fueron testigos de esta historia. Los autos transitan apurados, algunas personas andan en bicicleta y otras pocas se detienen a contemplar. Estamos mirando hacia atrás, para proyectar la memoria hacia el futuro. ¿Cómo era la vida aquí hace quinientos años? ¿qué veían los ojos de quienes poblaron este territorio durante la ocupación española?

La tierra cuenta, estamos aquí para leerla. Seguimos las corrientes del río que nos llevan un poco más allá del tiempo en donde estamos.







SI EL INFIERNO FUERA UN PAISAJE

Sobre el gran terremoto de Valdivia de 1575

La ciudad de Valdivia se erguía entre hualves, lodazales y numerosas villas indígenas que habitaban el territorio desde antes de la llegada de los europeos. Muchos mapuche continuaron dando batalla, firmes hasta la muerte. A tan solo 23 años de la ocupación española en este lugar, la tierra se hizo eco de su reciente historia y en un desgarró levantó sus brazos, abrió su boca y gritó fuerte, como un puma mordiendo a su presa. Era el primer gran terremoto en el territorio del que se tenga registro histórico, que sacudiría a todos por igual.

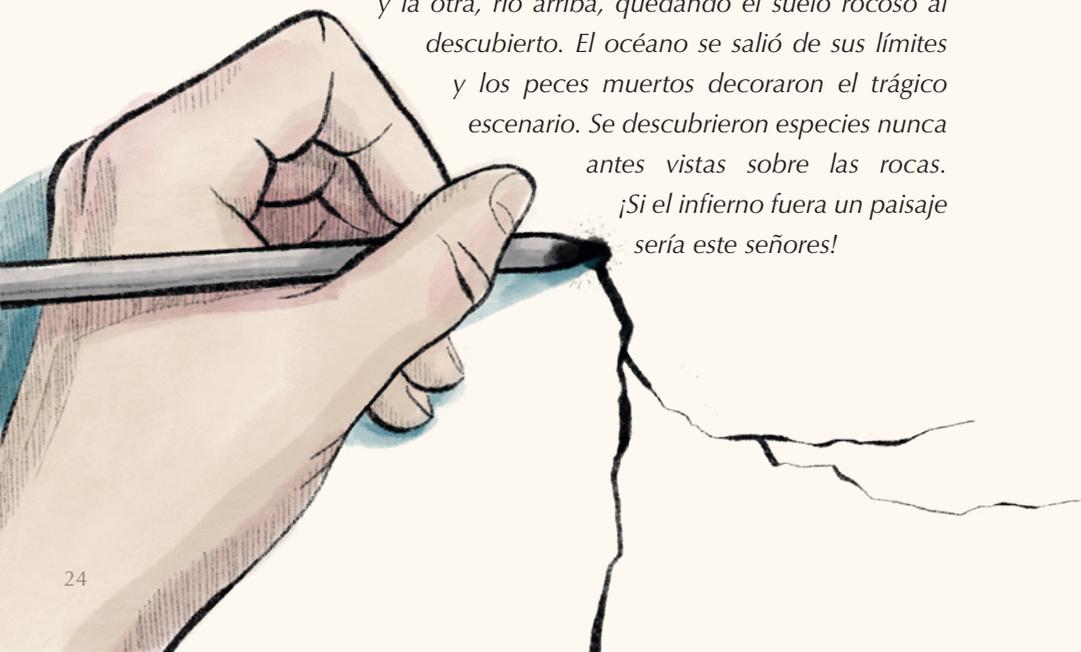
El cronista Pedro Mariño de Lobera, que en aquella época se desempeñaba como corregidor de Valdivia, sobrevivió al cataclismo y, abatido por la feroz realidad que lo rodeaba, lo describió más o menos así:



¡Esto, esto es el horror! ¡Si el infierno existe éstos son sus paisajes señores! Sucedió que poco antes de que cayera la noche, se escuchó un rumor, un estruendo que crecía lentamente, como el aliento fatídico de un dragón. Un llamado del centro de la tierra que comenzó a aturdir a la población. Crecía como el río con las lluvias del invierno. Gritó y removió todo, todo se movía, volaba, se estrellaba contra el destino. Todo era destrucción. Sin cesar de hacer daño, la tierra derribó tejados, techumbres y paredes. ¡La gente gritaba atónita! No se podrá nunca pintar este calvario en cuadros, con palabras o esculturas. Una furiosa tempestad que parecía el fin de los tiempos azotó la recién fundada y próspera Valdivia, ¿qué destino le depara ahora? Las personas no llegaban a abrir las puertas, aplastadas por sus propias paredes. El terremoto enterró los cuerpos y las casas con su furioso vaivén. Mirar erizaba los pelos, nadie podía mantenerse en pie, al abrir los ojos todo parecía irreal, un sueño, una fantasía.

La tierra tembló por cuatro horas. En los ríos por donde solían subir los barcos se dividió el agua. Una parte fue hacia el mar y la otra, río arriba, quedando el suelo rocoso al descubierto. El océano se salió de sus límites y los peces muertos decoraron el trágico escenario. Se descubrieron especies nunca antes vistas sobre las rocas.

¡Si el infierno fuera un paisaje sería este señores!



Valdivia quedó sepultada junto a gran parte de sus casas, sus habitantes y sus riquezas. No había alimento, se pasaba hambre y las enfermedades proliferaron. Cada media hora el suelo se volvía a remecer, parecía hablar, continuar con su enojo, no daba tregua. Los pobladores recordaron así que la tierra está viva, escucha y siente todo lo que sucede sobre su lomo. Los caballos galoparon libremente por las calles y plazas durante mucho tiempo. Los perros se escondieron entre los cuerpos de sus dueños. Los aullidos, relinchos, graznidos, cacareos y bufidos, orquestaron el horror. Juntos hicieron el sonido de la tragedia.

Como consecuencia del Gran Terremoto, no tan lejos de la ciudad de Valdivia, se derrumbó un cerro que bloqueó el cauce del río que hoy llamamos San Pedro, justo allí donde este nace del lago Riñihue. Durante cuatro meses ni una gota pudo seguir su curso y el lago comenzó a acumular el agua que traían sus afluentes.

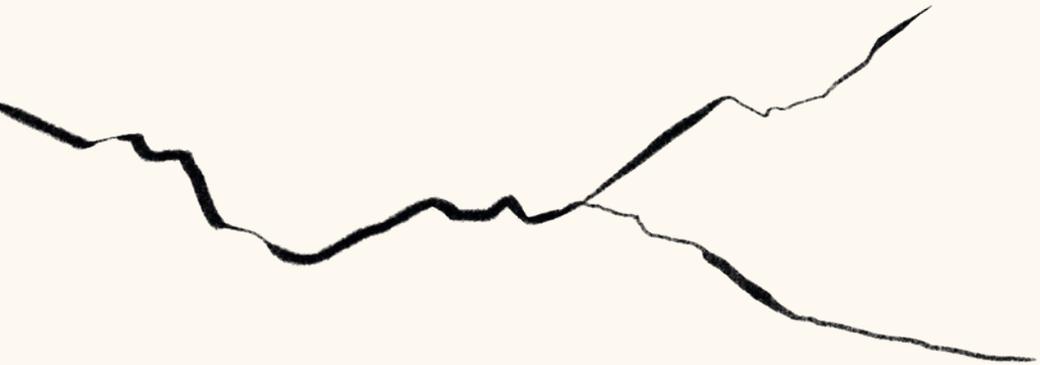
A finales de abril de 1576, justo a medianoche cuando todos duermen, el lago Riñihue detonó como un volcán. Bramó y arremetió ferozmente con todas las casas que halló a su paso. Una avalancha de agua y lodo destruyó poblados, bosques, ganado. Devoró con su boca de agua todo lo que pudo. Se encontró con pobladores en sus camas, soñando, tal vez, con prados y alimento. Algunas personas, las más despiertas, se refugiaron en los techos, pero esto no valió de nada, ya que sus casas fueron llevadas como navíos sobre un río tormentoso. Solo algunos indígenas pudieron escapar, otros murieron al toparse con árboles y ramas filosas. La fuerza del agua era descomunal.

El corregidor Pedro Mariño de Lobera ordenó huir hacia las partes más altas de Valdivia. Sin embargo, la furiosa venida del río llegó a la altura de las lomas. Todo era agua. No había por dónde escapar.

Pasaron tres días para que el agua escampase y mostrara los cuerpos, las casas, la masacre del pueblo. Se dice que murieron mil españoles y doscientos indígenas entre tantos otros animales y vegetación.

–¡Fue un cataclismo! –dice Daniela–, ¡cambió totalmente el paisaje de la ciudad! ¡Qué terrible debe haber sido vivirlo!

Estamos caminando por las calles de Valdivia, interpretando los mapas encontrados, preguntándonos por las construcciones, conversando sobre la transformación de los paisajes a través del tiempo, las manifestaciones de la naturaleza y su relación con las comunidades que los habitan. Las crónicas, los archivos históricos y los documentos encontrados nos permiten imaginar la historia de quienes caminaron por estas mismas tierras cientos de años atrás. Conversamos acerca de cómo, gracias a la memoria histórica, muchos años después de este evento, en el terremoto de 1960, se evitó que el lago Riñihue rebalsara y derribara los pueblos de su rivera.



ESCLAVOS Y REBELDES

Sobre la encomienda y la rebelión mapuche de 1598

La sombra del Torreón Los Canelos nos ofrece un buen lugar de descanso. Desde aquí podemos ver al río desplazarse con sus oleajes, a la gente que apurada se dirige al trabajo sin percatarse, quizás, del peso histórico de esta calle asfaltada hace años. Hay ciertas pistas en este lugar que nos pueden ayudar a descifrar los vestigios del pasado.

–Este torreón es una de las huellas que queda de la antigua Valdivia fortificada –dice Carla–. Desde aquí se edificó un largo muro hasta el Torreón Picarte.

–Los españoles fortificaron todo el perímetro de la ciudad –complementa Hugo, indicando el sitio por donde pasaba el antiguo cerco–, incluso hicieron un foso que condujo las aguas del río Calle Calle.

Nos acercamos a una placa en la que se lee que el torreón fue construido en el siglo XVII y que “defendió la entrada de la ciudad del corsario o del aborígen que quiso atacarla”. Con esta construcción, los españoles buscaban asegurar su posición en Valdivia, la que había sido destruida por los mapuche a fines del siglo XVI, luego amenazada por un intento de ocupación de los holandeses y posteriormente azotada por los saqueos de corsarios y piratas.

–La gran rebelión mapuche de 1598 fue un duro golpe a los españoles y su plan de conquista –apunta Matías–. Diferentes lonkos y comunidades unieron fuerzas para acabar con la ocupación territorial y los abusos de los españoles.

–Para acabar con la encomienda– dice Hugo.

Los españoles fundaron una serie de ciudades, querían consolidarse en tierras lejanas y fructíferas que los enriquecieran. En su lógica occidental, la tierra tenía que producir, y para ello, miles de indígenas fueron capturados y obligados a trabajar en minas y haciendas. Como en otras partes de América, los hispanos implementaron en el sur de Chile el sistema económico y social de la encomienda. Esto significó que grupos indígenas quedaran a cargo de señores españoles, quienes debían preocuparse de su evangelización, cuidado y asimilación a la cultura cristiana-occidental. Por su parte, los indígenas debían tributar al rey con su trabajo. Sin embargo, en la práctica, este sistema solo significó explotación y despojo. La historiadora chilena María Angélica Illanes relata los duros tratos, trabajos forzados, castigos y otras atrocidades cometidas contra williches en la explotación aurífera de Madre de Dios. No tenían ningún derecho, solo podían obedecer o morir. Esto también implicaba que las tierras y los recursos de los mapuche pasaran a manos de los señores, y que muchos lugares fueran despoblados, ya que eran forzados a vivir cerca de las propiedades de los españoles.

El pueblo mapuche sufrió un cambio radical en sus hábitos de vida. Sus animales y comida fueron reemplazados por lo que traían los europeos.

La tierra, cuentan, volvió a temblar cuando desembarcaron bueyes, burros, chanchos y caballos, todos desorientados y desahorados en este nuevo continente. Comenzaron a sembrar trigo, avena, cebollas, espinacas, zanahorias, betarragas, rábanos, alimentos que nunca antes habían cosechado. Por supuesto, los españoles también trajeron enfermedades. Los cuerpos americanos no sabían de tifus ni viruela y muchos enfermaron. En menos de cincuenta años miles de indígenas murieron debido al trabajo forzado y los males que trajeron los extranjeros.

En este contexto liminar, los indígenas decidieron tomar acción, batallar ¡La rebelión se acercaba! Les estaban imponiendo un modo de vida que alteraba su identidad y representaba una amenaza real a sus vidas y la de sus seres queridos. Se aliaron, con entereza y vigor, diferentes grupos mapuche para combatir la llegada de los españoles al sur de Chile.

Corría el año 1598. Williches, pewenches, wenteches, lafkenches y puelches, desde el mar hacia más allá de la Cordillera de los Andes, marcharon a la guerra. Utilizaron aquello que los españoles habían introducido. Tomaron los caballos y mezclaron sus armas con las extranjeras, combinaron armaduras de cuero de zorro y lobo de mar, con las cotas de malla y los cascos de metal. Atacaron con toda su fuerza ¡subidos a caballo!

Tras la batalla de Curalaba, los mapuche destruyeron todas las ciudades españolas al sur del río Biobío. Una a una, las localidades de Santa Cruz de Coya, Santa María la Blanca de Valdivia, San Andrés de los Infantes de Angol, San Mateo de Osorno, La Imperial, Santa María Magdalena de Villarrica y San Felipe de Arauco, cayeron. La rebelión las había fustigado. En algunos lugares, como Villarrica, no volvió a entrar una persona no indígena en muchísimos años.

Tras la rebelión, los hispanos se replegaron del Biobío al norte y de Chiloé al sur, reconociendo la soberanía mapuche sobre su territorio. Desde ese punto en adelante, la relación entre españoles y mapuche se basó en parlamentos y el contacto comercial. También se intentaron acuerdos para permitir la circulación hispana en territorio indígena.

–La rebelión dejó entrever las demandas mapuche en relación a la tierra y su identidad –afirma Matías–. Fueron capaces de forzar el abandono de los españoles de numerosas ciudades y asentamientos.

–Pero ojo, porque mientras tanto, algo estaba sucediendo al sur del río Toltén que iba a cambiar el panorama. Un grupo de holandeses, en búsqueda de territorios, se acercaba oportuno y acechaba de cerca –dice Hugo con voz de suspenso.

Comienza a caer la noche, el río se confunde con el azul profundo del cielo. Las palomas vuelan alrededor del Torreón y las luces comienzan a iluminar artificialmente estas calles. Reflexionamos sobre las luchas y batallas que se han librado aquí y nos entregamos al camino de una nueva historia.







EL CAPITÁN DESENTERRADO

Valdivia y los holandeses que llegaron

Nos encontramos frente a Corral, en Niebla, sobre un banco con vista al río y sus vibraciones. Pronto saldrá la lancha que nos llevará a la isla Mancera. El viento es tan intenso que se vuelan las bufandas, los cabellos, las hojas de los árboles. Cerramos nuestras chaquetas y compartimos unos mates. Vemos a lo lejos los transbordadores y los barcos navegar, algunos con turistas. Mientras esperamos, Hugo recuerda la historia de unos holandeses que llegaron al sur de Chile en búsqueda de riquezas, mano de obra y algunas cosas más.

Durante el siglo XVII, Holanda se transformó en uno de los países más poderosos de Europa, controlando el comercio de Occidente y Oriente. El espionaje les permitió obtener los mapas de navegación que los españoles habían elaborado desde los inicios de la colonización. Por ello, al momento de viajar, contaban con información detallada sobre las rutas y los pueblos con los que se encontrarían. Así fue como zarparon desde Europa a Brasil, y luego hacia el sur de Chile con sus barcos, armas, y un definido plan de conquista.

Querían encontrar, entre otras cosas, las minas de oro de Villarrica y Madre de Dios en Valdivia, abandonadas tras la expulsión de los españoles por la rebelión mapuche de 1598, una de las más grandes victorias del pueblo indígena contra los europeos. Bajo el mando del capitán holandés Hendrick Brouwer, se dirigieron con sus barcos a Chiloé, donde atacaron las ciudades de Ancud, Carelmapu y Castro, en abril de 1643. ¡Los españoles estaban furiosos! ¡Les estaban arrebatando sus conquistas!

Sin embargo, el destino es obtuso y las enfermedades se propagan con facilidad entre los extranjeros cuyos cuerpos desconocen los infiernos de ciertos males. El capitán holandés, frágil y blanco, enfermó de gravedad. ¡Gritaba condenado a muerte! ¡Pedía perdón al cielo! ¡Pedía por el abrazo de su mamá! Finalmente, solicitó ser enterrado en Valdivia, su último destino. Para cumplir con su deseo debieron embalsamar su cadáver y así evitar la descomposición hasta llegar a puerto.

Fue entonces que asumió el cargo un poeta holandés, escritor nato, marino de cierto mérito, llamado Elías Herckmans. Era agosto de 1643 cuando desembarcaron en Valdivia. La ciudad se encontraba abandonada, mas no destruida, como decían los españoles. Y ahí estaba nuestro poeta, junto al capitán muerto, con la ilusión de encontrar manos obreras que convertir, grasa, cuero, oro, y tal vez, un último poema.

Los mapuche, astutos e informados, sabían que vendrían los holandeses a su tierra. Tenían sus propios espías, mensajeros, que les narraron lo que había sucedido en Chiloé. Recibieron con cautela a los recién llegados, pero, al comprobar que los unía el disgusto por los españoles, decidieron aliarse. Aceptaron la construcción de un fuerte, para luchar contra su enemigo común.

Fue tal el entusiasmo holandés, que enviaron a un grupo de regreso a Brasil en busca de refuerzos. Aprovecharon de rebautizar la ciudad con el nombre Brouwershaven, en honor al fallecido capitán. ¡Otra vez los europeos renombrando lugares! Allí mismo enterraron su cuerpo, bajo la tierra del preciado oro. Al menos, el capitán muerto yacería por toda la eternidad con su tan añorado tesoro.

Sin embargo, los indígenas comenzaron a desconfiar. “¿Acaso estos extranjeros nunca se irán?” Reconocieron el brillo de la codicia en sus ojos y, al recordar el trabajo esclavo y los abusos de los españoles, rompieron secretamente el pacto. Dejaron de entregarles alimentos y un buen día le comunicaron al capitán Herckmans que vendrían representantes de todos los territorios a parlamentar.

Los holandeses remontaron el río Cruces para reunirse con el gran lonko del valle de La Mariquina, Manqueante, quien los recibió con la fría cortesía y sagacidad de un negociador. “Si nos hubieran anunciado su llegada con anticipación, podríamos habernos preparado”, dijo el lonko al verlos tan hambrientos. “Es invierno y no hay más cosecha”, explicó. Las conversaciones se extendieron durante días. Manqueante estaba haciendo tiempo, esperaba refuerzos de su gente. La noticia ya se sabía en todo el territorio y cientos de personas estaban dispuestas a ayudar.

Pasaban los días y los mapuche se negaban a compartir su alimento con los holandeses. No mencionaban la localización de las minas, menos al oro, y eso al capitán poeta no le gustó.

Ante este escenario, Herckmans decidió zarpar a Brasil para acelerar el envío de refuerzos. Pero su regreso no fue bien recibido, lo acusaron de incompetente. Deprimido, el capitán poeta murió un año después sin alcanzar a defender su honor.

A estas alturas, la noticia del arribo de los holandeses ya había llegado a oídos españoles, quienes preparaban la ofensiva. Cavaron trincheras, fortalecieron empalizadas, elaboraron espadas. El virrey del Perú, también conocido como Marqués de Mancera, organizó una expedición de reconquista que tardaría un par de años en llegar.

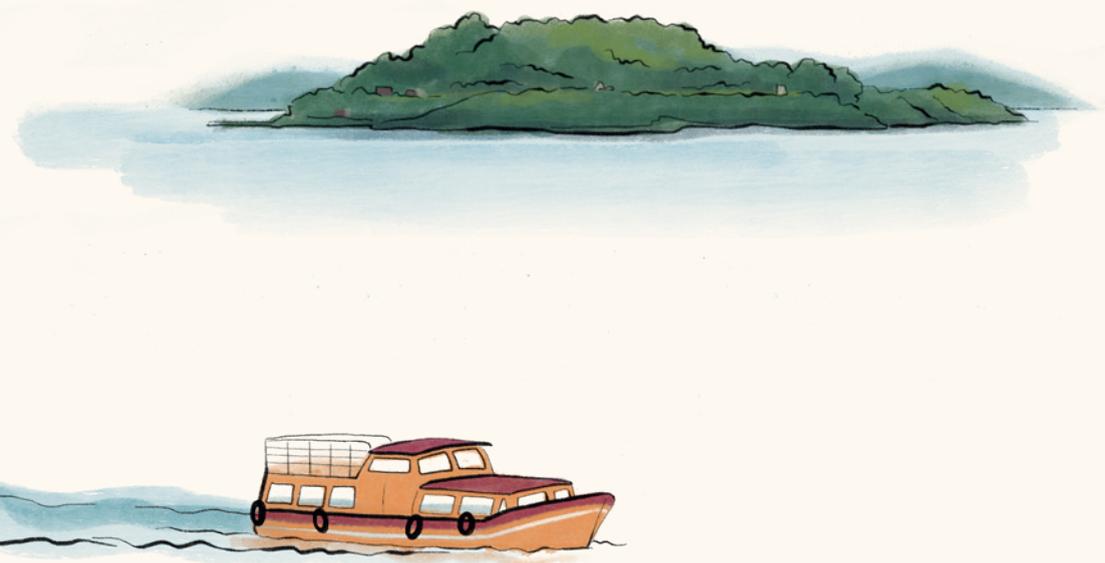
En 1645, el Marqués de Mancera y la más grande armada timoneada jamás al sur del mundo, volvió para recuperar Valdivia y Mariquina para España, sentando las bases para un nuevo periodo de ocupación de estos territorios. El Marqués, severo y mortal, con el ánimo de marcar su tierra y honor, con toda

la fuerza de su ejército, ¡desenterró al capitán Brouwer! Exhumó el cuerpo embalsamado y, dicen, lo llevó a la superficie para que el sol lo quemara, ¡lo separó de su reposo eterno! Para que nunca más este lugar se llamara como un capitán holandés.

Aquí comienza la construcción de un complejo sistema de fuertes y castillos costeros que responde a la necesidad de presencia y control militar de los españoles, con el fin de reinstalar y consolidar su dominio en un territorio que no era el suyo, que ya tenía su gente. Fue a partir de este momento que los hispanos volvieron a desplegarse en aquella zona fronteriza que reconocían como ajena, debiendo cohabitar con los mapuche. Si bien ambas sociedades se relacionaban cotidianamente, incluso mestizaban, también se rechazaban e intentaban imponer su hegemonía, sin lograrlo completamente. Los españoles, poco a poco, fueron comprando tierras a los indígenas, y de esta forma, la propiedad privada y la mercantilización de los sistemas de producción logró la tan anhelada colonización de Valdivia, tal como nos cuenta la historiadora María Angélica Illanes.

Ya estamos arriba de la lancha que nos llevará a la Isla Mancera, el paisaje es imponente, desde aquí podemos observar Niebla y Corral, lugares donde aún se erigen fuertes construidos casi cuatrocientos años atrás y que hoy podemos visitar. Estas construcciones forman la parte de la historia viva de Valdivia. Sin embargo, hay una fortificación menos conocida que nos llevará a remontar el río Cruces y continuar con nuestra investigación.





N
A

ACTUALMENTE, EL CAMINO QUE UNE SAN JOSÉ DE LA MARIQUINA CON MEHUÍN, Y QUE SIGUE BORDEANDO LA COSTA MÁS ALLÁ DE QUEULE, ES EL TESTIMONIO VIVO DEL CAMINO REAL.

QUEULE

MEHUÍN

SAN JOSÉ DE LA MARIQUINA

RÍO CRUCES

MADRE DE DIOS

RÍO PICHAY

AQUÍ ESTABA LA MINA DE ORO

RÍO CALLE-CALLE

BAHÍA DE CORRAL

VALDIVIA

-
- 1 CASTILLO DE NIEBLA
 - 2 CASTILLO SAN PEDRO DE ALCÁNTARA DE ISLA MANCERA
 - 3 CASTILLO DE AMARGOS
 - 4 CASTILLO DE CORRAL
 - 5 CASTILLO SAN LUIS DE ALBA DEL CRUCES

MAPA ACTUAL DEL TERRITORIO

EL FUERTE HUNDIDO

Sobre el fuerte Nuestra Señora de la Presentación de Tanacura

La reocupación española de Valdivia y Mariquina no fue fácil. La alianza mapuche era fuerte y estaba preparada para defender su tierra y su libertad. Pero las tropas hispanas eran demasiadas y, cincuenta años después de la gran rebelión mapuche de 1598, remontando el río, llegaron para quedarse.

Una de las primeras misiones del Marqués de Mancera, al arremeter en el territorio, fue restablecer y proteger el Camino Real que conectaba Valdivia y la mina Madre de Dios con La Imperial y Concepción. Para lograr esto, debían diseñar un gran sistema de fortalezas ubicadas en posiciones estratégicas, que asegurara el tránsito de personas y el tráfico de productos, evitando el paso de enemigos, como los holandeses y los temidos piratas ingleses.

Cientos de personas, principalmente presidiarios y relegados traídos a realizar trabajos forzados desde todo el Virreinato del Perú, se movilizaron para construir un sistema defensivo sin precedentes que incluye el Castillo de Niebla, el Castillo San Pedro de Alcántara de la Isla Mancera, el Castillo de Amargos, el Castillo de Corral, algunas posiciones militares menores y el Castillo San Luis de Alba del Cruces. Estas fortificaciones fueron formas de entrar nuevamente al territorio reclamado por las comunidades indígenas.

El Castillo San Luis de Alba del Cruces miraba al interior, a diferencia del resto que lo hacía hacia el mar. Buscaba enfrentar las posibles alianzas de los pueblos indígenas y un ataque a Valdivia desde el norte. Pero este no fue el primero construido en el valle de La Mariquina.

El Padre Diego de Rosales, quien misionó en estos territorios en los años que siguen a esta narración, cuenta que en el verano de 1646, se construyó un fuerte llamado Nuestra Señora de la Presentación de Tanacura. El calor azotaba tibio sobre las decenas de españoles e indígenas esclavizados que cavaron fosas, levantaron altos cercos de madera y edificaron casas y cuarteles para hacer frente a los ataques de los williche y lafkenche. La resistencia mapuche era intensa y la defensa debía estar a la altura. Llegaron grandes cargamentos de artillería y pertrechos para soportar el invierno. Sin embargo, los españoles, no sabían del clima del sur. En 1646 las lluvias fecundaron ferozmente el suelo. Las aguas del río Cruces y del río San José comenzaron a crecer, inundándolo todo. Y el frío y los vientos, azotaron los corazones extranjeros.

El fuerte se hundió, bajo el agua están sus restos.

Cronistas, arqueólogos e historiadores han intentado dar con la ubicación de este antiguo fuerte perdido. Nadie ha logrado encontrarlo. Tampoco nosotros. ¿Cuánto más quedará oculto? ¿Cuánto existe y no vemos?

MANQUEANTE

La leyenda de Manqueante, lonko mapuche

Hay historias que encontramos en archivos y documentos, otras quedan grabadas en objetos que han resistido el paso del tiempo, y también están las que llegan a nuestros oídos a partir de voces que hacen eco de la memoria. De esta vertiente surgen muchas de las piezas del rompecabezas que queremos armar.

–¿Conocen la leyenda de Maqueante? –pregunta Matías, mientras pasamos por San José de la Mariquina en nuestro camino hacia el Castillo San Luis de Alba–. El lonko Manqueante, que parlamentó con los holandeses en el valle de La Mariquina y evitó su invasión. También participó cuando los españoles iniciaron la reocupación de Valdivia en 1645. Fue testigo de la edificación y hundimiento del primer fuerte hispano, ese que aún estamos buscando, al que devoró la tierra. Y fue él quien autorizó la construcción del Castillo San Luis de Alba. Decisiones discutibles, para debatir y pensar bien los argumentos.

Al ver que nadie conoce la leyenda, continúa:

Dicen que Manqueante habitaba en la cumbre de un pequeño cerro en las cercanías de Cahuincura, desde donde podía ver el valle y los volcanes, los paisajes más preciosos de su tierra, esa que amaba. Hablaba español, aprendió bien, y aceptó ser cristianizado. Es por esto que tuvo muchos detractores mapuche que lo creyeron enemigo. Era un hombre poderoso, claro está. Había logrado cierta paz en la región con sus decisiones. Pero el destino es uno y responde al pasado, los espíritus del mundo lo saben.

Cuentan por ahí que un día Manqueante, en compañía de su hermano, se dirigió a Toltén. Al pasar cerca de una vertiente que desembocaba al mar, quiso beber de su agua. “Pide permiso hermano, ¡no seas arrebatado! Los espíritus habitan el fecundo vientre de la tierra. Eres cristiano ¡pero ellos siguen aquí!” Manqueante rió, desafió a su hermano, a los antiguos y tomó su última decisión. Bebió, insaciable, con sus manos. Por las comisuras de su cara corrían las gotas que, como en un preámbulo mortal, parecían reírse entretenidas de él. Mientras el brillo del agua iluminaba su piel, por dentro de su cuerpo algo sucedía. Comenzó a sentirse mal, el dolor iba recorriendo los músculos, la sangre, la piel ardía. Sentía que se secaba, como arena de costal. ¡Se estaba convirtiendo en piedra! Durante tres largos días las tinieblas lo recorrieron. La transformación fue lenta y absoluta, hasta endurecerse por completo. ¡Qué mala decisión la de Manqueante!

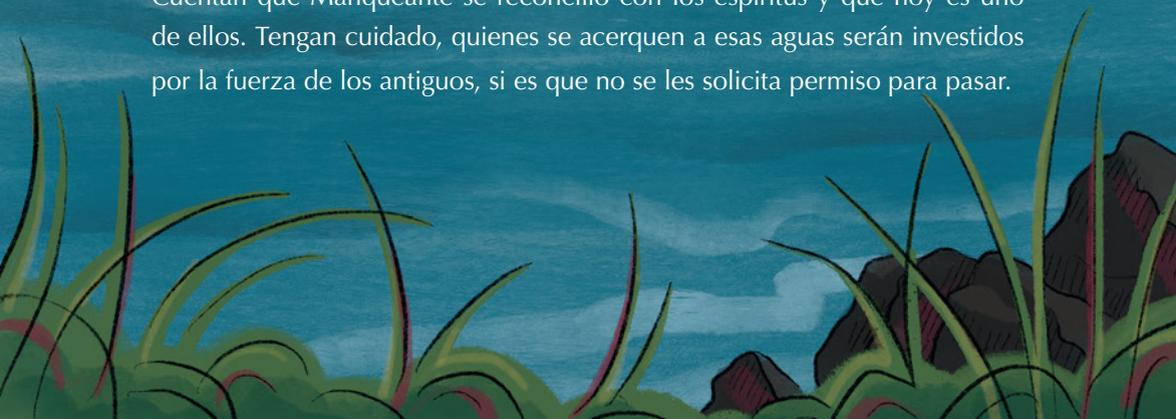
Muchos pidieron por el gran líder, “¡por favor espíritus, tengan piedad!” Pero ellos son rotundos de carácter y saben mirar hacia dentro. Manqueante quedó petrificado en la desembocadura de la vertiente, para siempre.

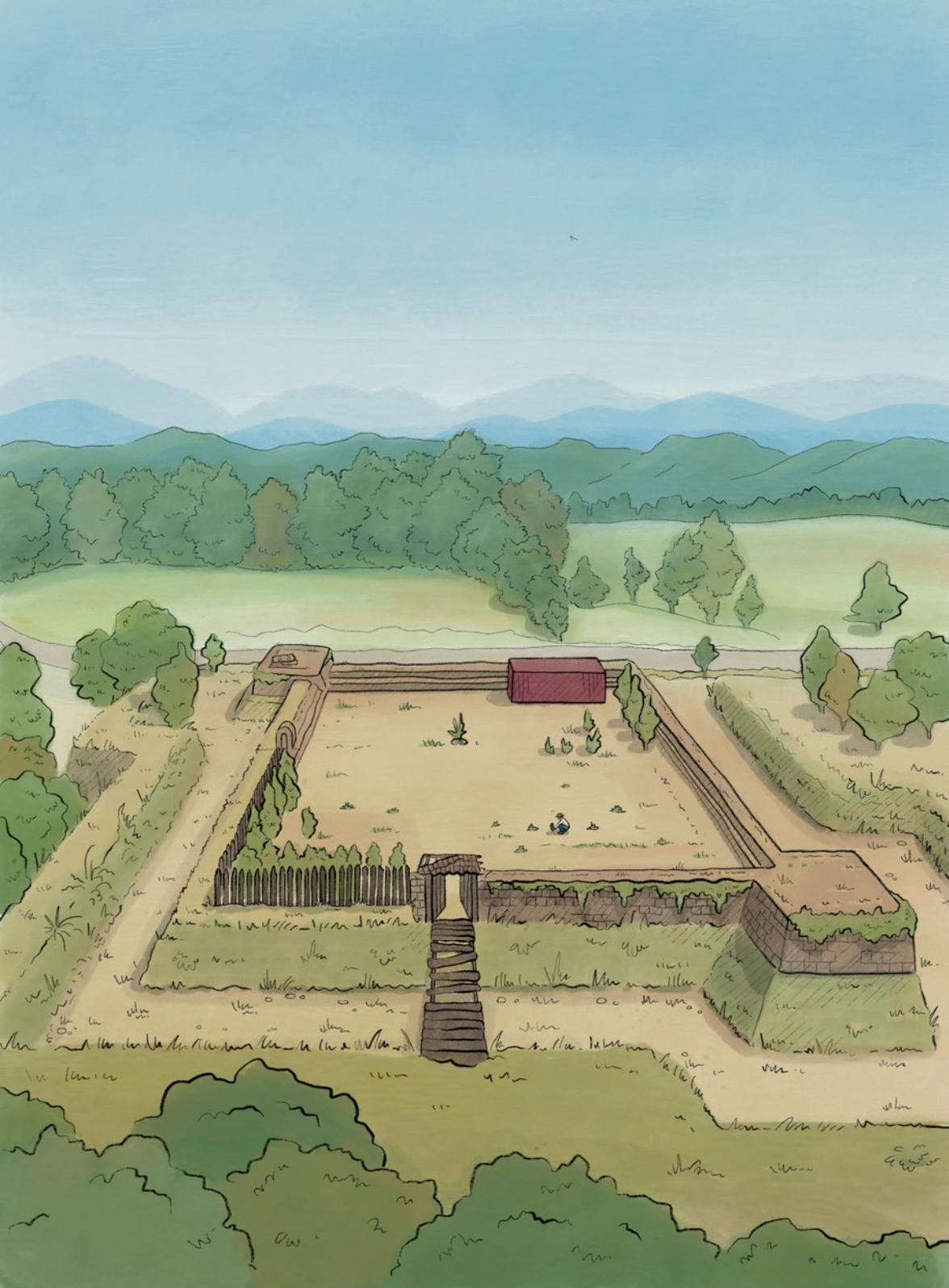
Durante más de trescientos años los viajeros más inquietos se dirigieron hacia La Mariquina y Toltén a observar una gran piedra junto a otra pequeña, que dibujaba un sombrero en la playa. Dicen que ahí estaba Manqueante, su espíritu al menos. Su áspera presencia.



Luego, el terremoto de 1960 se encargó de cambiar nuevamente el paisaje. El sombrero cayó y las piedras fueron cubiertas por el mar. Con el tiempo, la piedra de Manqueante se transformó en hogar de lobos marinos y lugar de difícil acceso para los navegantes.

Cuentan que Manqueante se reconcilió con los espíritus y que hoy es uno de ellos. Tengan cuidado, quienes se acerquen a esas aguas serán investidos por la fuerza de los antiguos, si es que no se les solicita permiso para pasar.





VIVIR EN UN CASTILLO

Sobre el Castillo San Luis de Alba del Cruces

Los remolinos del tiempo nos traen al presente. Estamos aquí, frente a una pequeña casa verde donde vive Moisés, junto a las ruinas del Castillo San Luis de Alba, a orillas del río San José, que corre paralelo al río Cruces. Si hacemos silencio, se pueden escuchar los insectos, las raíces de los árboles y los matorrales crecer. Aún pescan aquí, donde el agua es salada y dulce por las mareas y sus corrientes. Moisés vive entre las ruinas del pasado y el presente. Aquí se crió, jugando a encender los cañones para defenderse de los enemigos. Imaginó la historia, lejos de civilizaciones modernas, con su familia y otros seres vivos que conforman y dan color a este ecosistema. Hoy tiene la tarea de cuidar este patrimonio en ruinas que está bajo la administración de la Municipalidad de San José de La Mariquina. ¿Se imaginan vivir junto a un castillo?, ¿entre los fantasmas de quienes lucharon por esta tierra? Los espíritus deben abundar aquí.

Moisés está cargado de pasado y se encarga de la vida presente del lugar. Conversamos con él y nos comparte, de manera generosa, sus historias.

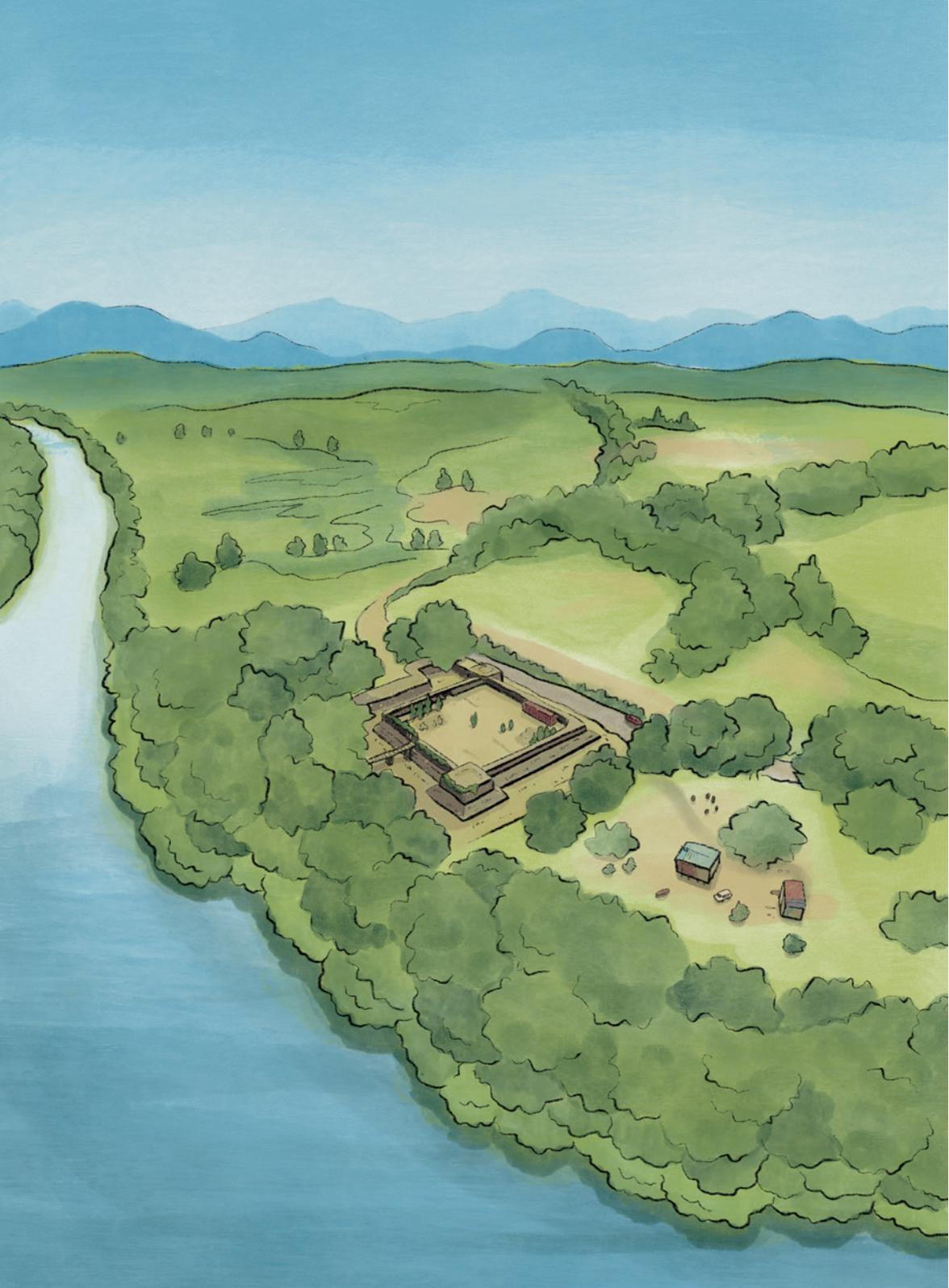
Curiosamente, sobre el Castillo San Luis de Alba, poco se sabe. No hay registro de la fecha exacta de su construcción. Dice el Padre De Rosales, que un tal Conde del Alba de Liste le dio el nombre, allá entre 1655 y 1661. Durante un siglo y medio, fue la principal fortificación defensiva de los españoles. Sin embargo, cuando el Coronel Jorge Beauchef y Lord Thomas Cochrane ocupan Valdivia y la independizan de los españoles, es destruido y abandonado, en el año 1822.

Recorremos sus ruinas a pie, pisando con cuidado el sendero que Moisés conserva desmalezado. Intentamos imaginar cómo era la vida aquí. El fuerte se emplaza en lo alto de una colina, o, más bien, una terraza fluvial, tal como precisa Hugo mientras caminamos. Se conectaba con un pequeño puerto en el río San José, que ahora no es más que un muelle. Aún se mantienen erguidos los muros de piedra canchagua que lo protegían. En su tiempo, estaban coronados por una empalizada de troncos afilados en su punta, para dificultar el ingreso al castillo. Desde el río se podía observar la imponente construcción, desanimando a los posibles invasores por el peligro de muerte que revestía su ataque. Y por si esto fuera poco, contaba con un doble foso de más de dos metros de profundidad, donde posiblemente arrojaban sus fluidos y restos de basura, ¡debe haber sido muy desagradable su olor! Solo se podía entrar por un puente levadizo, reemplazado en la actualidad por uno fijo que se encuentra en muy malas condiciones. En el interior del recinto, dicen los lugareños, había un castillo de madera, pero de eso solo quedan algunas marcas en el suelo de lo que podrían haber sido barracas, casas para los oficiales y la Capilla.

Caminamos bordeando el muro de piedra y subimos a una de las dos torres que alguna vez estuvieron armadas con cañones. Desde lo alto fantaseamos con las batallas libradas, escuchamos el sonido de las armas, los gritos, los barcos intentando entrar, podemos ver a quienes cayeron al foso, imaginamos sus restos consumidos por el tiempo y la descomposición. Al no haber mucha información sobre su historia, intentamos interpretarla a partir de los que sabemos de otras construcciones similares. ¿Cómo habrá sido la vida cotidiana aquí? ¿Despertar junto a un castillo? Hubo una villa aquí, en las cercanías del castillo, donde habitaron comunidades mestizas, comían, comerciaban, sembraban y cosechaban. Podemos observar el lugar donde se emplazaba, Carla lo señala desde lo alto. Allí vivían, bajo este mismo sol que nos ilumina.

Hoy podemos observar el abandono de lo que alguna vez estuvo lleno de vida. Prometieron restaurar el castillo y abrirlo a la comunidad, incluso lo nombraron Monumento Histórico Nacional, pero ese proyecto aún sigue pendiente.

Hace dos años que Moisés no puede dejar entrar a nadie, es peligroso. Hay un puente endeble a punto de caer y los cañones están desprotegidos y oxidados. El castillo pareciera ser recordado sólo por él, quien todos los días desmaleza, junta agua y cuida la naturaleza que lo habita. Tal vez pronto, este histórico recinto cobre vida nuevamente, como parte de la historia socioambiental de la región.



LA VILLA PERDIDA DEL CRUCES

Villa y villano se parecen, nacen en la misma vertiente del significado para luego cumplir con sus profecías, en ocasiones, por separado. Villano, dice por ahí el diccionario, es el hombre agreste que habita el campo, y la villa, su lugar. En algún momento, el mal se apoderó de la palabra y cultivó la oscuridad.

¿Hubo alguna una vez una villa sin villanos? Y así comienza esta historia.

Nuestro auto se detiene en medio del camino. Hay tanto polvo que ya no logramos identificar el Castillo San Luis de Alba. Nos bajamos, Angélica tose. Justo frente a nosotros está Hugo, sonriente, mirando el cielo. Su dron acaba de despegar, nos permitirá observar, a través de su avanzada tecnología, los detalles de la tierra, leer el mensaje escrito que deja. Nos situamos alrededor de una pequeña pantalla y observamos, tratando de descifrar aquello que el investigador comprende enseguida.

–Aquí –dice–, aquí hubo algo, aquí estuvo la villa, las condiciones del terreno lo evidencian.

Estamos parados justo en el presente. En un camino que antes no existió. Aquí mismo, debajo nuestro, habitan los restos de otras culturas y las maneras en que ocuparon el suelo.

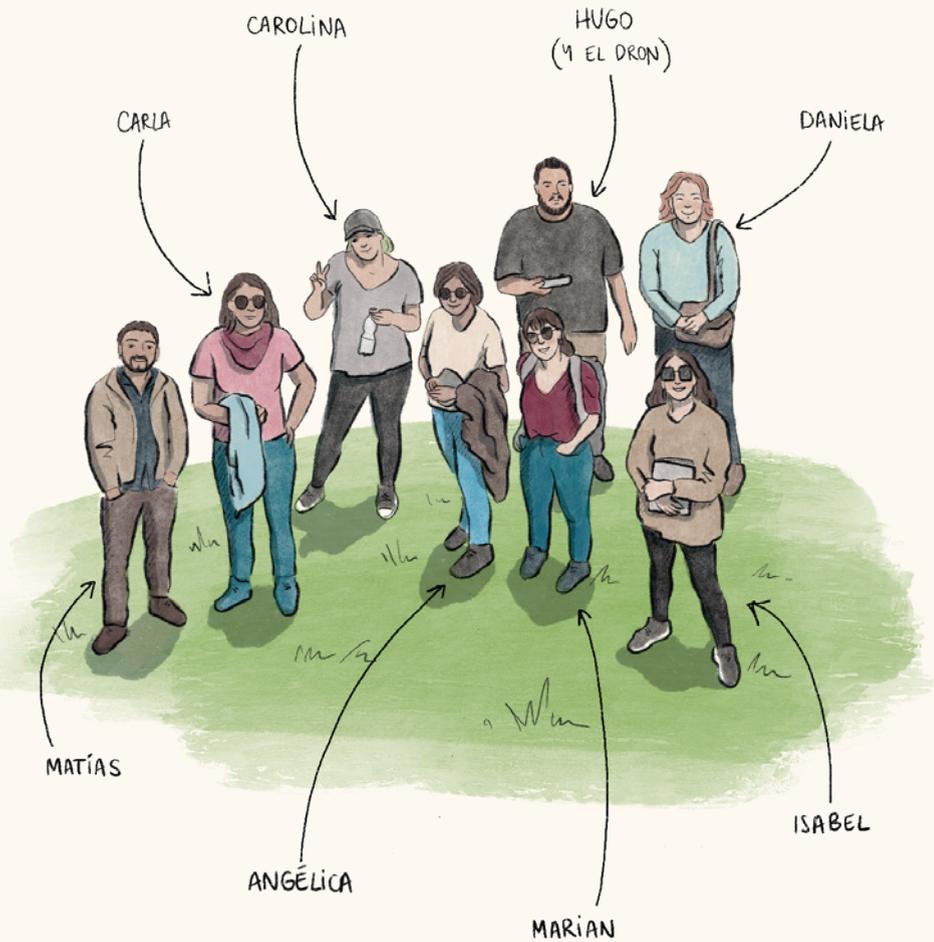
Antes del papel, se escribía en cuero y se volvía a escribir sobre el mismo trozo una y otra vez. A contraluz, era posible leer los mensajes anteriores. Si hiciéramos lo mismo con los paisajes, podríamos distinguir las ocupaciones previas del espacio. Es así como seguimos pistas, huellas en la tierra. Vamos intuitivamente explorando, sintiendo el territorio, lo que nos habla, hasta descubrir lo que nos quiere contar. Interpretamos.

Estamos frente a una imagen aérea, esa que nos ofrece el dron. Las anomalías de la tierra, los cambios de color en el pasto y la textura erosionada del suelo, nos permiten pensar, por ejemplo, que este fue un lugar de cultivo. El dron nos invita a ver el escenario de la tierra con una radiografía de su cuerpo. Se pueden observar ciertos surcos, líneas rectas, divisiones de un territorio que se estima pudo haber sido poblado por más de dos mil personas. Hoy en día solo algunas casas quedan, el lugar está en conflicto por el extractivismo forestal. Los paisajes han cambiado.

Aquí fue donde los españoles construyeron el famoso Castillo San Luis de Alba del Cruces y en sus alrededores, la villa. Los antiguos mapas muestran la existencia de esta aldea, donde habitaban numerosas personas que dieron vida al río Cruces durante más de ciento setenta años. Fue aquí donde se estableció el centro de la misión de la Compañía de Jesús. Construyeron una iglesia, una casa para sacerdotes y una escuela para evangelizar a niños y niñas williche. Tenían una hacienda también donde producían alimentos y vestuario. Con el tiempo fueron llegando más familias y surgieron nuevos oficios como la herrería, la panadería o el arte de curtir cuero. Habitaban cristianos, mapuches y mestizos en una relativa paz.

A partir de 1740 los pobladores comenzaron a migrar lentamente al norte de la Villa de Cruces, en donde en 1752 se establecería La Misión de San José. Las batallas de la Independencia y los terremotos de 1835 y 1837 motivaron finalmente a que el resto de sus habitantes dejara la villa para deshabitarse completamente, tras la fundación oficial del pueblo de San José de la Mariquina en 1850. En ese entonces Chile ya se había independizado de la corona española.

Muchos años después, el terremoto de 1960 hizo descender los suelos y sepultó los restos de la villa del Cruces, tal vez, para siempre. Esa misma década, unos estudios arqueológicos en la zona dieron cuenta de cementerios, espadas, restos de armaduras y utensilios que porfiadamente se negaron a ser olvidados.



MEMORIAS SUMERGIDAS

Hemos cruzado el puente del Castillo San Luis de Alba sin caernos a la fosa, hemos recorrido parte de una historia escrita en la tierra y sus cauces. Estamos frente a un cañón que alguna vez disparó su proyectil al río, dando muerte a muchas personas, animales y peces. Moisés nos saluda desde la puerta de su casa. Unos turistas se acercan, quieren entrar, viajan con una niña pequeña. El fuerte aparece como un atractivo turístico en alguna página de internet, la niña llora, pero Moisés le explica con cariño que está cerrado y los invita a dirigirse a la playa de Mehuín. El cielo ya no suena, el dron que Hugo ha piloteado ya está en la tierra. Los pájaros vuelan alto y no hay viento. Angélica y Matías se aquietan mirando el horizonte, reflexionando sobre el lenguaje de esta tierra. Siguen pasando, de vez en vez, camiones cargados de troncos que nos tocan la bocina. Isabel dibuja en su cuaderno y los demás ahuyentamos a los coliguachos. Carla y Daniela sonríen inquietas, continúan buscando respuestas. Llenamos nuestras botellas con el agua que nos ofrece Moisés, es limpia y transparente. Comemos unas galletitas de paquete, nos sacamos una foto. Miramos el río Cruces y escuchamos el susurro de las rocas.

Carla enciende el auto, la historia no halla su fin y seguimos pensando, divagando con sus retazos. Nos preguntamos cosas. Tratamos de armar una imagen de aquello que nos contaron, lo que sentimos al oír sus relatos.

El viaje no termina. Nos subimos al auto, seguimos recorriendo el cauce del río. Nos preguntamos por todos los secretos que aún guarda, vamos conversando, en busca de nuevas historias que nos ayuden a develar e interpretar lo que se encuentra oculto tras el paisaje.





BIBLIOGRAFÍA

Los datos acerca de la vida del pueblo mapuche al momento de la llegada de los españoles se adquirieron a partir de:

Adán, Leonor; Urbina, Simón; Alvarado, Margarita (2017). Asentamientos humanos en torno a los humedales de la ciudad de Valdivia en tiempos prehispánicos e históricos coloniales. *Chungará (Arica)*, 49(3), 359-377.

Tilley, Charles (2011). El Proceso Formativo Del Sistema Sociocultural Mapuche. TRIM. *Tordesillas, Revista de investigación Multidisciplinar*, n.º 16 (mayo):67-81.

La información sobre la historia de La Mariquina se obtuvo de:

Pedersen, Paulo (1992). *Historia de San José de la Mariquina (1551-1900)*. Ediciones Universidad de la Frontera.

Saldivia, Salustio (2011). *Mariküga: Entre historia y memoria*. Región de los Ríos, Gobierno Regional.

Para aprender sobre la ocupación europea en Valdivia y su relación con el pueblo mapuche nos apoyamos en:

Guarda, Gabriel (1953). *Historia de Valdivia (1553-1953)*. Ediciones La Ciudad.

Illanes, María Angélica (2011). Memoria de la herida y la revuelta fluyendo de los placeres "Madre de Dios" y Río Cruces. 2008/1598. *Revista De Historia Social Y De Las Mentalidades*, 15(2), 165-183.

Illanes, María Angélica (2014). La cuarta frontera. El caso del territorio valdiviano (Chile, XVII-XIX), *Atenea (Concepción): revista de ciencias, artes y letras*, ISSN 0716-1840, N°. 509, págs. 227-243.

Mariño de Lobera, Pedro (1865). *Crónica del Reino de Chile*. Imprenta El Ferrocarril.

Medina, José Toribio (1923). Nota bibliográfica. Sobre el viaje de Enrique Brouwer a Chile. Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia Nacional. Tomo XLV. *Los holandeses en Chile*. Imprenta Universitaria.

Medina, José Toribio (1926). Relación del viaje de Hendrick Brouwer a Valdivia en 1643, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, XLVIII, no. 52.

Para saber más sobre el sistema de fuertes y castillos construido por los españoles en el sur de Chile utilizamos como referencia:

De Rosales, Diego (1878). *Historia general de el reyno de Chile, Flandes indiano* (Vol. 3). Imprenta de El Mercurio.

Un humedal no corre como un río hacia el mar, descansa sobre su propia historia. Juega a esconder bajo su manto, una verdad, que aparece y desaparece, como espíritu guardián de la tierra. Las memorias sumergidas bajo las aguas del río Cruces han podido hilar su historia a partir de la investigación de un grupo de personas que, desde distintas disciplinas, han cruzado sus saberes y compartido sus descubrimientos. Relatos de amor, luchas, terremotos, viajes en barco, son el testimonio de las transformaciones sociales y geográficas de un territorio que aún lucha por la defensa y conservación de sus paisajes.



TRAFUN